

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 10
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 12 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

TOLEDO.

Como todas las ciudades antiguas, ricas en recuerdos históricos, Toledo goza el envidiable privilegio de atraer continuamente á su recinto una multitud de curiosos, nacionales y extranjeros, ávidos de admirar sus famosas ruinas y no menos célebres monumentos.

Las cien trompas de la fama, han llevado hasta los mas remotos confines el nombre de la antigua residencia de las cortes goda, musulmica y castellana, que si no es hoy ni sombra de lo que fué, todavía conserva restos de su pasada grandeza, y por ellos se adivina sin trabajo lo que debió ser en otro tiempo.

Su historia está escrita con caracteres indelebles en el polvo de sus ruinas y en las piedras de sus monumentos; y para leerla y comprenderla, no es necesario abrir la historia pálida y descolorida escrita por los hombres. Basta echar una simple mirada sobre el espléndido mosaico arqueológico que tapiza el suelo de la ciudad imperial. Señalen en buen hora el erudito y el anticuario la época y el orden á que pertenece cada templo, cada arco, cada lienzo de pared, cada columna... para admirarlos y sentirse dominado por su grandeza, ni el corazón ni la mente necesitan estar

daz como pedante, se reduce á repetir con distintas palabras, á traducir ó copiar servilmente lo que otros han dicho, bien ó mal, con razon ó sin ella.

Para que no se diga otro tanto de nosotros, nos proponemos hoy únicamente, sin mas pretension que la de distraer un rato á los lectores de LA SEMANA, nos proponemos solo apuntar, como ya hemos indicado antes, algunas de nuestras fugitivas impresiones al contemplar de paso lo mas notable que encierra Toledo en monumentos y antigüedades.

Entrando, pues, en materia, rogamos al lector que nos acompañe, si lo tiene á bien, hasta el último cuerpo de la torre de la catedral, de esa catedral que tan bellísimos versos ha inspirado al primer poeta lirico de nuestros dias, y de la que ha dicho él con tanta verdad como poesia:

«Que tiene para consuelo
 En su abatimiento y mengua,
 La frente cerca del cielo.
 Y para hablar con el suelo
 Trece campanas por lengua.»

El magnifico golpe de vista que ofrece la ciudad y sus alrededores, vistos á vuelo de pájaro desde aquella

cantador, un cuadro completo, que si deslumbra los ojos por la riqueza del colorido, hiere la fantasia, conmueve el corazón por la fuerza del contraste, y lanza el espíritu en alas de la imaginacion al través de los siglos, mostrándole ora dispersos, ora confundidos en un solo prisma el pasado con el presente, para que sondee mejor el abismo que los divide.

Si despues de esta rápida ojeada quiere el lector descender con nosotros, nos pasaremos algunos minutos por las naves de la espléndida catedral. Recordaremos sus distintas puertas, capillas y lujosos altares, y nos detendremos de vez en cuando para admirar, entre otros, el magnifico arco apuntado de la portada del Perdón, sus bellos ornamentos góticos, y las figuras de ángeles, santos y profetas que se ven en las molduras y archivoltas. Examinaremos con igual detenimiento la sillería alta del coro; el precioso mosaico que representa la Concepcion en la capilla mozárabe; la pequeña estatua de San Francisco que costó al cabildo catorce mil ducados; el suntuoso enterramiento del cardenal Mendoza, obra de la reina Isabel; los sepulcros del arzobispo don Gil Carrillo de Albornoz, de don Alvaro de Luna y doña Juana Pimentel, su esposa; el célebre *traspante* del género churrigueresco; la renombrada capilla del Sagrario, y todas las preciosidades, en mármol, labores, joyas y pinturas, que encierra la primera iglesia metropolitana de la monarquía española.

No intentaremos decirlo el mérito de cada una de sus partes, ni menos remontándonos á consideraciones mas graves, demostraros cómo y por qué, aunque su arquitectura sea del gusto gótico, se encuentran en ella caracteres de todas las épocas. ¿Para qué, si el efecto que produce es siempre grande y digno de su fama?... Aquella multitud de bóvedas que llegan á setenta y dos, sostenidas por ochenta y ocho pilares, compuestos cada uno de diez y seis hermosas y esbeltas columnas; aquellas vastas galerías, aquellas espaciosas naves, arrogantes zócalos, gigantescas pilastras, preciosas estatuas, imágenes y urnas funerarias; aquellos entallados, peregrinos mosaicos y curiosísimas labores primorosamente trabajadas, agobian el ánimo bajo el peso de su grandeza y magnificencia, y dan una alta idea del ingenio del hombre, y del poder del sentimiento religioso que le hacia ejecutar tales maravillas.

La catedral, tal como existe hoy, es un poema de mármol en el que cada dinastía, cada época, cada siglo han dejado consignados su historia, su carácter y gusto artístico. Obra

multiforme en sus detalles, cadena compuesta de eslabones de forma diversa, pero del mismo metal, reproduce en su conjunto bajo distintas fases, una idea única, grande, sublime, imperecedera; la idea de Dios abriéndose camino al través de los tiempos y generaciones pasadas y llegando hasta nosotros cual luminosa antorcha, nutrida con la savia mas pura de su vida inteligente y material.

Allí se levantan á igual altura la inteligencia que concibe, el poder que realiza y el brazo que ejecuta. Hay allí algo de grandioso y sobrehumano, algo indefinible que está en la atmósfera que se respira, en la luz tenue y amortiguada que hiere la pupila, en el eco sonoro de las pisadas, en la confusa repercusión del acento, en el colorido especial de los objetos, en el aura refrigerante que templó el ardor de la sangre y arroja de la mente los pensamientos mundanos. Hay en todo esto algo que anuncia la presencia divina y predispone el alma á la meditación y al recogimiento. Ora la piadosa mechedumbre llene las anchas naves, ora estas se miren desiertas, sombras é imponentes, cual si debiese verificarse en su recinto algun sagrado misterio; ya cuando la inspirada voz del sacerdote retumba en las altas bóvedas y la música santa vierte á torrentes su armonía

«Por la céntuple garganta
 De los tubos de metal;»

Como dice Zorrilla; ya cuando nada turba el mages-



Vista de Toledo.

prevenidos de antemano en su favor. Lo que es verdaderamente bello, lo que tiene en sí un mérito intrínseco y real, lo que la mano del tiempo ha santificado con el barniz de los siglos, produce en todos los que sienten y piensan el mismo efecto; les habla á todos en un mismo idioma, el idioma universal del sentimiento y el raciocinio. El hombre reflexiona, medita y compara, sufre ó se regocija, se exalta ó abate desde que tiene á la vista objetos que con mas ó menos vehemencia le preocupan fuertemente el ánimo, despiertan sus buenos ó malos instintos, y sacuden todas las fibras de su imaginación y de su alma.

No pretendemos con esto rebajar en lo mas mínimo la importancia y necesidad de la historia y de los conocimientos especiales, que se requieren para apreciar debidamente las obras del arte y los monumentos de la antigüedad: queremos solo señalar la enorme diferencia que existe entre la impresion aislada y el juicio científico, hijo del profundo conocimiento de las causas que engendran la primera. Son dos cosas distintas, que pueden existir y existen casi siempre separadas, sin perjuicio de completarse recíprocamente cuando se encuentran reunidas en un solo individuo.

Felizmente pocos, muy pocos son los que pueden contarse en ese número, á menos que calificuemos de saber y erudición á la pretendida instruccion, vaga, anárquica y superficial ó enciclopédica, que parece ser uno de los rasgos característicos de nuestra época, y que en mas de un encopetado escritorzuelo, tan au-

altura, vale la pena de trepar hasta allí. La posición inespugnable que ocupa Toledo, edificada sobre una montaña y ceñida por el caudaloso Tajo, que corre á sus pies como un aro de plata, roto en el espacio que media entre los puentes de Alcántara y San Martín; el laberinto de vueltas y revueltas de sus estrechas, sombrías y tortuosas calles, entre las cuales se destacan aquí y allí las innumerables cruces de sus infinitas iglesias, monasterios y conventos; los antiquísimos torreones, las puertas y viejos muros que se divisan de trecho en trecho: la morisca plaza de Zocodover; el solar donde estuvo la casa de Padilla; las poéticas ruinas del alcázar, del castillo de San Servando, del palacio del marqués de Villena, del Circo Máximo, etc.; la erguida planta, el frescor y lozanía de algunos edificios aislados, como la fábrica de armas (á extramuros de la ciudad, sobre la margen derecha del Tajo), y de otros que sobresalen entre los demas, como la universidad, el palacio arzobispal, el nuncio ú hospital de dementes, edificios que parecen sostener con su robusta mole las decrepitas y ruinosas casas que en confuso tropel yacen apiñadas á su alrededor; y por último, la deliciosa llanura llamada *Huerta del rey*, la sierra y pueblecitos lejanos, las suaves colinas cubiertas de viñedos, de olivos y árboles frutales, que tanto contrastan con el aspecto sombrío y montaraz de la parte del Este, inmediata á la roca Tarpeya, en las profundas quebradas y barrancos por donde se ha abierto paso el río... forman en su conjunto un variado panorama, un paisaje en-

tuoso silencio de los altares y sepulcros, y los primeros albores de la mañana, los últimos rayos del sol, los trémulos destellos de la luna ó el ardiente resplandor de mil hachones, penetran y se derraman por los centenares de ventanas y transparentes adornados de vidrieras de colores que circundan el templo. Sola ó henchida por la multitud, cubierta de sus mas ricas galas, ó desnuda de todo adorno, bañada por las tintas de la aurora ó el crepúsculo, iluminada por el astro del día, argentada por el tibio fulgor de la reina de la noche ó inundada en el océano de luz que en brillantinas ondas bulle, serpea, reverbera y salta de sus innumerables lámparas y candelabros, siempre la escelta catedral infunde los mismos sentimientos de admiración, respeto y santidad, siempre nos parece la digna morada del Señor.

Mucho de lo que llevamos dicho acerca de la catedral, puede, por consideraciones análogas, aplicarse á la mayor parte de los templos de Toledo. Casi todos rememoran un hecho glorioso, ó conservan tradiciones que vivirán eternamente. ¿Quién al penetrar, por ejemplo, en las iglesias de Santiago, de Santa María la Blanca y de Santa Leocadia, no recuerda las conversiones milagrosas de San Vicente Ferrer, los célebres concilios toledanos y las persecuciones, el martirio y vida ejemplar de la santa virgen protectora de la ciudad? ¿Quién no recordará la terrible maldición que pesa sobre los judíos, al ver una de sus mas célebres sinagogas consagrada hoy al culto cristiano bajo la advocación de Nuestra Señora del Tránsito? ¿Quién contemplará con indiferencia los grillos y cadenas destrozadas, que adornan las paredes de San Juan de los Reyes, y que fueron arrancadas á los cautivos cristianos sepultados en las mazmorras de Granada? ¿Quién no se arrodillará con placer en el Santo Cristo de la Luz, primera iglesia donde se dijo y oyó la primera misa al conquistador de Toledo, al entrar en la ciudad con su ejército victorioso?

Y si de los templos pasamos á otros sitios no menos venerandos, ¿quién hollará sin emoción profunda el arrasado asilo del heroico gefe de los comuneros y no se acercará y posará su mano con melancólica satisfacción sobre el tosco pilar de piedra, próximo al muro de la casa inmediata, sintiendo que no haya ademas otra columna en el centro del solar, donde se leyese alguna sencilla inscripcion, consagrada á la inmortal memoria de don Juan de Padilla y sus infortunados compañeros?... Pues de estos recuerdos están llenas las iglesias, las ermitas, los monasterios, los conventos y las calles de la ciudad imperial. Doquiera que volvamos los ojos tropezamos con ellos, y primero se cansa la memoria de recordar los antecedentes de su existencia, que ellos de ofrecer nuevo pábulo á nuestras meditaciones é insaciable curiosidad.

Algunas de las referidas iglesias, conventos y monasterios están arruinados; otros han sido destinados á usos profanos, y todos se resienten mas ó menos del golpe que ha herido de muerte las instituciones monásticas. Preciso es confesarlo, les falta la vida, el esplendor que solo estas corporaciones sabían dar á todo lo que se refería á su sagrado ministerio. Digase lo que se quiera; pero nadie nos negará que ellas construían magníficos templos, conservaban y mejoraban los antiguos, mientras nosotros, sin levantar ninguno, nos apresuramos á convertir en teatros, en cuarteles ó depósitos de armas los existentes. Si Dios no lo remedia... pero volvamos á nuestro asunto.

Toledo es una ciudad de ruinas; reflejo pálido de otro Toledo que se hundió para siempre en la cima insondable del mal ser. El sentimiento de tristeza que inspiran sus ruinas religiosas, es sin embargo inferior al que despiertan sus ruinas profanas, no menos sagradas para el artista. Apenas se concibe tamaño abandono é incuria. Hay una cueva de Hércules que no se sabe á punto fijo lo que es, y cuya boca se ha cegado sin que las autoridades locales ni el gobierno hayan tratado de averiguar lo que en ella se esconde: hay los restos ó mas bien cimientos de un anfiteatro, de un templo y de un circo romano, y solo se conserva en pie un arco del último; lo demás ha desaparecido: de los que fueron palacios de la princesa Galiana, existen todavía algunas habitaciones, en el peor estado, ocupadas por tres ó cuatro labradores. El castillo de San Cervantes, arruinado en su mayor parte, sirve de depósito de pólvora; el único torreón que queda de los baños de la Cava se va desmoronando piedra á piedra, y otro tanto acaece con lo que aun subsiste del régio alcázar erigido por Carlos V, incendiado por los portugueses durante la guerra de sucesión, restaurado posteriormente y vuelto á incendiar por los franceses en 1809.

La vista de este destrozado palacio quebranta el corazón; pero las pocas habitaciones que se levantan entre aquel monton de escombros, tambien amenazando ruina por todas partes, los fortísimos muros, el vestibulo á que da entrada la puerta principal, los arcos del gran patio, asentados en gallardas columnas de orden corintio, y finalmente la magnífica escalera que es de extraordinario mérito, al decir de los inteligentes, y la bellísima perspectiva que ofrece la misma y el frente del edificio visto desde la puerta principal, manifiestan lo que debió ser este suntuosísimo palacio, antes que la envidia estrangera lo hiciera por dos veces pábulo de las llamas y la apatía nacional completase su vándalica hazaña.

Página elocuente del gran libro de la antigua grandeza española, que la mano del tiempo y el huracán de las revoluciones y trastornos políticos van destruyendo hoja por hoja, esa página permite aun deletrear en sus medio borrados caracteres la época gloriosa en que fué

escrita. La imaginación reconstruye involuntariamente el derruido alcázar, lo adorna con la magnificencia y pompa de la corte imperial; cubre el suelo de tapices; las paredes de jaspes, de arabescos, de colgaduras y de cuadros; coloca las centinelas en las puertas y en las torres, llena los espaciosos salones de caballeros, damas y pages resplandecientes de acero, de oro y pedería, y se representa al nieto de Isabel, al invicto emperador, cubierto de ferrea cota ó régia vestidura, cruzando por enmedio de ellos, ó apoyado en una ventana contemplando con aire meditabundo la ciudad que se estiende á su planta, como un fiel alano acostado á los pies de su señor.

La sombra de Carlos V se dibuja todavía en aquellos muros que parecen haber salido enteros de la tierra, ó tallados en la dura roca por el cincel de un gigante para servir de pedestal á la memoria de aquel en cuyos dominios nunca se ponía el sol.

No se necesita ver incrustado en las paredes el escudo de armas del egregio fundador, para reconocer su obra é inclinar la cabeza ante el sello de la voluntad omnipotente que le dió vida. Con sus restos mutilados se podría construir hoy un magnifico palacio. Digno archivo de una época en que habia monarcas que mandasen hacer obras semejantes, arquitectos que las concibiesen, escultores, estatuarios, pintores y obreros que las realizasen, allí resplandece el genio y el poder de Carlos V: allí el viajero recuerda y repite con pena y alegría estos valientes versos del señor Bermúdez de Castro:

«Aquí desplegó al viento su lábaro triunfal,
Y entre sus garas fieras para oprimir el mundo,
De aquí tendió sus alas el águila imperial.

¡Toledo! cual tus calles colmaba la alegría
Cuando el altivo austriaco, del Ródano ó del Rhin,
Triunfante cual las águilas de su blason volvia
Banderas y coronas trayendo por botin!

En medio de la turba los prestes le llevaban
Bajo el púrpuro pálio del imperial dosel,
Y emperador del mundo tranquilo se avanzaba,
La furia conteniendo de su triunfal corcel.

Magnates de otros climas en varia muchedumbre,
Humildes se agolpaban en pos del español,
Cual páldos luceros perdidos en su lumbre,
Siguen con tardos pasos los círculos del sol.»

Pero sonó la hora de la desgracia para España, y el régio alcázar simbolo de la triple preponderancia—artística-política—intelectual de aquella época tres veces gloriosa, presa de un voraz incendio como ya hemos dicho, iluminó los funerales de la dinastía austriaca, de aquella dinastía que empezó tan alta con Carlos V, emperador, general y rey, y acabó tan miserablemente con Carlos II, que ni siquiera fué hombre, para valernos de la expresiva frase de un ilustre historiador.

Restaurado en los reinados sucesivos volvió á arder otra vez, no ya para servir de tea funeraria, sino de hoguera triunfal que alumbraba la huida y el esterminio de los usurpadores y hacia revivir en los patrios corazones el fuego, oculto entre cenizas pero no apagado, de su libertad é independencia.

Un monumento que tantas glorias y recuerdos atesora debe á todo trance conservarse, y unimos nuestra débil voz á la de la ilustrada comision de monumentos artísticos é históricos de Toledo, para que el gobierno lleve á debido efecto su reedificación, tal como la misma se lo propuso y se acordó á fines de 1844.

Los gastos que demanda apenas llegan á tres millones y medio de reales, y las utilidades que reportará el edificio una vez restaurado y convertido en colegio general de todas armas como se pensó entonces, compensan suficientemente esa cantidad, insignificante si se compara con las que se invierten todos los dias en obras inútiles ó de pésimo gusto. Las glorias de una nación están simbolizadas en sus monumentos; y cada uno que se derrumba es un florón arrancado á su diadema, una tradicion perdida para el pueblo, una voz, un gemido mas que sale de las ruinas de nuestro grande y glorioso pasado y nos echa en rostro nuestra miseria y nulidad presente!

Madrid 6 de mayo 1854.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

LAS COSTUMBRES Y LAS LEYES.

ARTICULO CRITICO-BURLESCO.

Es indudable que los moralistas y los filósofos han dicho en todos tiempos cosas muy sabias y muy buenas; pero tambien es indudable que la mayor parte de estas cosas pertenecen al número de esos ensueños que de buena gana llamariamos dorados, si el oro no hubiese sido siempre moneda de contrabando en casa de los filósofos y moralistas.

En la categoria de estas cosas buenas, sobre todo muy buenas para dichas, colocamos nosotros esa decantada armonia en las leyes y las costumbres, sobre cuyo asunto hemos leído tantas máximas y principios en los filósofos antiguos y modernos. Porque sea esto

dicho de paso, nosotros hemos leído á todos los filósofos habidos y por haber; y si no les citamos á vds. una porcion de testos y sentencias en variedad de idiomas, es solo por consideraciones de humildad y de pura modestia.

Es el caso que los señores filósofos no se cansan de proclamar la necesidad de tal armonia, y de decir que no puede concebirse nacion civilizada en que las leyes no caminen en acuerdo completo con las costumbres. A la verdad, no sé si merece nuestra patria la denominacion de pueblo civilizado: solo si diré que no he visto cosas mas desacordadas que nuestras leyes y nuestras costumbres, de tal suerte, que no parece sino que ciertas costumbres se han establecido para hacer burla á las leyes.

Paso por alto desde luego todos esos usos, que si no atacan á ninguna ley escrita, atacan á la ley mas sagrada de nuestro destino, que consiste en obrar cada uno segun su libertad, y contra la cual opone una costumbre que se llama *buena crianza*, obstáculos inconvenientes á cada paso. Esta santa y piadosa costumbre, exige que saque vd. su bolsillo en mil ocasiones para pagar lo que no debe; que responda vd. diciendo: «con mucho gusto» á algunas proposiciones que le fastidian y le incomodan; que diga vd. que está muy divertido cuando quizá se lo está llevando el demonio; que dé vd. apretones de mano á mas de cuatro á quienes quisiera dar un apretón en el pescuezo, y que hablé vd. á todas horas una porcion de cosas que no siente, respondiendo á otra infinidad de cosas que no cree. Repito, pues, que paso por alto esta venerable costumbre de ser continuamente falso, hipócrita y embustero, contra lo que la ley natural nos ordena.

Fuera de la ley natural, no conozco mas leyes que las divinas y las humanas; por eso no conozco otras que estén á cada paso violadas por las costumbres.

Las leyes divinas se reducen para nosotros á los diez mandamientos: pues háganme vds. el gusto de darme conmigo un ligero repaso «Amar á Dios sobre todas las cosas» dice el primero: y yo quisiera que cada prójimo me dijese con franqueza si en cuestiones de amor es siempre Dios al que tiene presente. Por lo que toca á «jurar su santo nombre en vano», no conozco hombre público que no haya jurado mil cosas que despues no ha cumplido; y públicos ó privados, se de muchos que «santifican las fiestas» no oyendo misa. En esto de «honrar padre y madre» no sé si ciertos hijos, y sobre todo *ciertas hijas*, saben guardar su honor y el de sus padres: y me pasaré en silencio aquello de «no matar», en un siglo en que los hombres se están matando en todas partes unos á otros. Acerca de las mentiras he dicho mas arriba alguna cosa, y sobre los falsos testimonios daré razon un escribano á cualquier hora que vds. le consulten: siendo ademas una cosa indisputable que la muger del prójimo ha dado siempre tentaciones pecaminosas desde los tiempos de David hasta la fecha, y que los bienes ajenos se los mete en el bolsillo todo el que puede, sin que le arguya lo mas mínimo la conciencia. Del sexto mandamiento no he dicho nada, porque soy yo muy escrupuloso y poco amigo de meter la cuchara en cosas tan profundas.

Lo dicho sobre las leyes de Dios, que tan mal paradas andan por cierto en manos de los hombres, me parece bastante para probar que no soy yo muy aprensivo ni manifiesto en este asunto. Al hablar de las leyes humanas, en que no es tan *espinosa* la materia, voy á probar con algunos ejemplos la verdad de mis raciocinios.

No hay en España unas leyes tan severas como las relativas al delito de hurto; pero estas leyes no se aplican sino cuando roban los raterillos y los pobres necesitados. A favor de esas personas que improvisan una fortuna colosal robando al estado, á los establecimientos públicos y á la nacion en masa, hay una costumbre de tolerancia muy sabiamente establecida; nadie les dice una palabra, aunque todo el mundo repite á cada instante: «fulano ha robado mucho», y por eso está rico.» Ya se vé: en algo se han de distinguir de las demás las personas decentes: aquellas, cuando hurtan, pasan algunos años en presidio: estas, cuando roban, pasan algunos años luciendo la carretela.

Segun otra ley vigente en España no puede llevarse por usura ó interés del dinero un rédito mayor del 6 por 100 en cada año: y sin embargo tiene vd. la corte apostada de judíos, que previas las oportunas garantías, y dando la mitad del valor de cada una, no tienen inconveniente en favorecer á vd. siempre que le ocurra, prestándole dinero á razon de una peseta por dario de rédito mensual. Todo ello no hace mas que el 240 por 400 de rédito anual, que es una insignificante friolera, si bien se mira. A estos judíos, que pueblan las casas, las tiendas y los portales; que ponen anuncios en los diarios, en las esquinas y en las puertas: que fundan agencias, establecimientos *filantrópicos* y casas de socorro, hay la piadosa costumbre de respetarlos y dejarlos chupar la sangre del inocente desvalido: lo cual se fundará sin duda alguna en el incontestable principio de que el pobre se ha hecho para el usurero como el raton para el gato y el cordero para el lobo.

Yo conozco otra ley, segun la cual el simple uso de armas prohibidas tiene la enorme pena de seis años de presidio: y conozco una capital de provincia donde á vista, ciencia y paciencia de las autoridades civiles y de los tribunales superiores, se halla establecida la costumbre inmemorial de fabricar y expender estas armas de la manera mas pública y ostensible. Esto equivale á decir que la ley prohibe su uso, pero la costumbre permite que se fabriquen y se vendan.

Recuerdo otra disposicion legal que declara ser cierto todo aquello que dijeron dos testigos contestes, y á cuya idoneidad no pueda oponerse escepcion alguna; y sin embargo de ella los tribunales han tomado la costumbre de creer que lo que dicen dos testigos contestes puede muchas veces ser mentira: no diré yo que los tribunales se equivoquen en esto; pero si diré que la ley manda una cosa y la costumbre establece otra cosa contraria.

Enumerar todos los casos en que nuestras costumbres se oponen á nuestras leyes, fuera asunto demasiado prolijo para servir de materia á un artículo. Preguntaremos, pues, en conclusion, á quien haya de respondernos. ¿Son injustas las leyes, ó son malas las costumbres? Si lo primero, ¿por qué no se derogan las leyes? Si lo segundo, ¿por qué no se estirpan de raíz esas malas costumbres?

Es verdad que así como las costumbres contrarias á nuestra libertad natural se justifican bajo la capa de buena crianza, á las costumbres introducidas en los tribunales contra la ley, se suele dar el nombre de *sana jurisprudencia*. En este caso, en vez de definir la jurisprudencia «un hábito práctico de interpretar las leyes y aplicarlas á los casos que ocurren», como decían los juriscónsultos de antaño, vale más definirla, «un hábito práctico de menospreciar las leyes y de sustituir á ellas los caprichos y la santa rutina de sus costumbreros.»

PUBLICACION IMPORTANTE.

Nuestros lectores saben lo parcos que en general somos respecto á recomendaciones; hoy, sin embargo, tenemos que abandonar nuestra habitual reserva para llamarles la atencion sobre el CUADRO SINOPTICO DE LA HISTORIA SAGRADA que acaba de publicar el licenciado don Juan Angel y Gorostiza. Este cuadro, dividido en cuatro láminas, contiene en compendio la HISTORIA SAGRADA, dispuesto el plan de tal modo, que con suma facilidad puede instruirse cualquiera en los libros del antiguo y nuevo testamento; con la circunstancia de que para quien quiera enterarse mas por estenso de los sucesos que se refieren, se señala el capítulo del libro á que cada uno corresponde, fijándose además, como tabla cronológica, los años en que acontecieron, y esponiéndose el hemisferio con las respectivas cartas geográficas, que sirven para la mejor y mas sencilla inteligencia de dicha Historia. Presenta el mismo cuadro un completo árbol genealógico de Jesucristo y su madre santísima la Virgen Maria, desde el primer hombre criado por Dios, y al paso minuciosamente: 1.º la sucesion de los primeros patriarcas desde Adán, marcando los años de su nacimiento, edad y muerte; 2.º el origen de los pueblos por los descendientes de los tres hijos de Noé; 3.º las doce tribus de los hijos de Jacob; 4.º la sucesion de los caudillos, libertadores y jueces del pueblo de Israel, con indicacion del año de su advenimiento á la dignidad, duracion de su gobierno y época en que murieron; 5.º la sucesion de los reyes de Judá y de Israel; 6.º la de los sumos sacerdotes; 7.º la serie de los profetas, con expresion de los años en que profetizaron; y últimamente, varias notas y observaciones históricas, genealógicas, cronológicas y geográficas sumamente curiosas, que facilitan, no solo la inteligencia del plan general del cuadro, sino tambien algunos lugares oscuros de la Biblia.

Encomendada la parte artística á un aventajado litógrafo y no habiendo perdonado gasto alguno para su perfeccion, el cuadro que recomendamos puede servir de elegante adorno para un cuarto de estudio ó bufete, ya por la distribucion de sus cuatro láminas, que en papel marquilla satinado, son de veinte y nueve por treinta y nueve pulgadas de dimension cada una, ya por la belleza de sus orlas, vestidas de adecuadas alegorías, y la de sus diversos caracteres de letra.

El precio es 80 rs. en Madrid y 88 en provincia, nada excesivo si se atiende al coste de esta clase de obras, al profundo estudio que exigen, y al tiempo material que necesitan. Creemos que el señor de Gorostiza ha hecho un gran servicio al país facilitando el estudio de una materia tan importante y estamos seguros de que alcanzará una justa recompensa (4).

DE GRANADA el 13 de mayo nos escriben lo siguiente:

En esta última semana hemos tenido la satisfaccion de ver ejecutar en el teatro de la capital la lindísima zarzuela en un acto titulada *Número Noventa y nueve*, cuya letra es produccion del aventajado joven escritor don José J. Soler de la Fuente, y la música de don Antonio Seijan: nada puede pedirse á la primera, pues hay en ella bastantes sales cómicas, buen estilo, oportunidad escénica y argumento, de lo cual carecen en la generalidad nuestras modernas zarzuelas; en cuanto á la música es bastante buena y sobre todo está perfectamente instrumentada. Solo hubiéramos deseado que

su autor no se hubiese dejado llevar de su génio músico hasta el estremo de hacer demasiado largos los ritornelos de algunas piezas. Los autores fueron aplaudidos espontáneamente y llamados á la escena á recoger merecidas ovaciones y varias coronas.

No dudamos un momento en recomendar á las empresas de los teatros tan original como preciosa produccion.

LA JUVENTUD DE LOS MOSQUETEROS.

Drama en cinco actos y un prólogo.

POR A. DUMAS.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS POR DON F. SEPÚLVEDA. (1)

(Continuacion.)

ACTO QUINTO.

Sala en el convento de los Carmelitas.

ESCENA I.

ROCHEFORT.—LA SUPERIORA.

SUPERIORA. ¿Habeis llamado á la superiora del convento, caballero? Aquí estoy.

ROCHEFORT. En efecto, señora tengo que haceros una pregunta.

SUPERIORA. Hablad.

ROCHEFORT. ¿Se ha detenido en vuestro convento una muger de veinte y cuatro á veinte y cinco años que venia por el camino de Boloña.

SUPERIORA. No sé si debo contestar á semejante pregunta.

ROCHEFORT. De orden del cardenal.... (Sacando un papel del bolsillo.)

SUPERIORA. Obedezco.

ROCHEFORT. ¿Habeis recibido si, ó no, en vuestro convento, á una muger de veinte y cuatro á veinte y cinco años que venia por el camino de Boloña?

SUPERIORA. Si señor.

ROCHEFORT. ¿Cuándo?

SUPERIORA. Ayer.

ROCHEFORT. Decidla que un mensajero de su eminenia, quiere hablarla.

SUPERIORA. Voy al instante señor.

ESCENA II.

ROCHEFORT solo, despues MILADY.

ROCHEFORT. ¿Qué diablo de interés ha podido tener en encerrarse en este convento? Quizás por estar cerca de la frontera.... ¡Oh! es muger muy prevenida esta Milady de Winter.

MILADY. ¿Sois vos, conde? ¿qué ha dicho el cardenal de la muerte de Buckingham?

ROCHEFORT. ¡Oh! Se ha desesperado como buen cristiano, pero como político, no ha podido menos de decir que es una gran fortuna.

MILADY. ¿Y qué ha resuelto con respecto á mí?

ROCHEFORT. Aprueba vuestro proyecto, y me envia á vos porque sospecha que debeis tener muchas cosas que decirle.

MILADY. Tiene razon.

ROCHEFORT. Y bien, decid.

MILADY. La primera es que como me prometia he hallado en este convento á madama Bonacieux.

ROCHEFORT. ¿Supongo que os habeis guardado bien de mostraros á ella?

MILADY. No me conoce.

ROCHEFORT. En ese caso ya debeis ser su mejor amiga.

MILADY. Justamente.

ROCHEFORT. ¿Cómo os habeis presentado?

MILADY. Como una victima del cardenal.

ROCHEFORT. Y la conformidad de posicion....

MILADY. ¿Vos comprendeis?...

ROCHEFORT. Si comprendo....

MILADY. En fin, vuestra vista va á hacer prodigios.

ROCHEFORT. ¿En qué?

MILADY. Vais á decir que habeis descubierto mi retiro, y que me vendrán á buscar mañana, ó pasado mañana: tengo mis razones para no estar mucho tiempo en Bethune.

ROCHEFORT. ¡Diablo! ¿Y en dónde os encontraré si necesito de vos?

MILADY. Esperad.... En Armentieres.

ROCHEFORT. Bien: ¿no teneis mas que decir al cardenal?

MILADY. Decidle que nuestra conversacion de la paloma encarnada, ha sido oida por tres mosqueteros del rey: que despues de su partida, uno de los tres, llamado Athos, ha subido á mi cuarto y me ha arrancado á viva fuerza el salvoconducto que monseñor acababa de darme, que esos mosqueteros son muy terribles, que saben nuestro secreto... y que es preciso deshacerse de ellos.

ROCHEFORT. ¿Esos tres hombres no son los amigos de nuestro gascon?

MILADY. Si, los inseparables.

ROCHEFORT. Entonces, ellos son los que he encontrado á dos leguas de aquí, descansando en una venta.

MILADY. ¿Qué vienen á hacer por este país?

ROCHEFORT. No me habeis dicho que el uno de ellos es el amante de madama Bonacieux?

MILADY. Si, Artagnan.

ROCHEFORT. Pues bien, sin duda vienen á buscarla.

MILADY. ¿A buscarla?

ROCHEFORT. Seguro: despues del servicio que Artagnan acaba de hacer á la reina, esta no puede negarle nada.

MILADY. Teneis razon, Rochefort. Ahora conviene que marcheis á esperarme á Lila.

ROCHEFORT. ¿A esperaros?

MILADY. ¿No creéis que el cardenal se alegrará de tener á la Bonacieux bajo su vigilancia?

ROCHEFORT. Si, pero en las carmelitas de Bethune, bajo la proteccion de la reina....

MILADY. ¿Y si yo la conduzco á Lila?

ROCHEFORT. Eso es otra cosa.

MILADY. Pues no es mañana ni pasado mañana, es hoy mismo cuando quiero partir.

ROCHEFORT. En efecto, nuestros mosqueteros pueden llegar de un momento á otro.

MILADY. ¿Teneis vuestra silla de posta?

ROCHEFORT. Si.

MILADY. Ponedla á mi disposicion con un lacayo.

ROCHEFORT. ¿Y yo?

MILADY. Vos ireis á caballo delante de mí, hasta la posada del Oso negro.

ROCHEFORT. ¿Allí es donde debo esperaros?

MILADY. Si.

ROCHEFORT. ¿En Lila... posada del Oso negro?

MILADY. Si, si, marchad.... (Sale Rochefort.)

ESCENA III.

MILADY sola, despues MAD. BONACIEUX.

MILADY. ¿Es por ella, ó por mí, por quien salen á campaña esos cuatro hombres?... No lo sé, pero en todo caso no encontrarán ni á la una ni á la otra.... Pasemos á su cuarto, hagamos ahora mejor que nunca nuestro papel de muger perseguida.... Pero ella viene.

MAD. BONACIEUX. ¡Ah señora! lo que vos temiais se realiza al fin esta noche ó acaso antes, el cardenal habrá enviado á buscaros.

MILADY. ¿Quién os lo ha dicho?

MAD. BONACIEUX. Lo he sabido por boca del mensajero.

MILADY. Venid, sentaos aquí... cerca de mí... voy á ver si hay alguien que nos escuche.

MAD. BONACIEUX. ¿Por qué tantas precauciones?

MILADY. Vais á saberlo... El que se ha (Se sienta.) presentado á la superiora en nombre del cardenal... es un hermano mio.

MAD. BONACIEUX. ¿Vuestro hermano?

MILADY. Callad... nadie mas que vos, querida mia: conoce este secreto... que no lo sepa ninguna persona de este mundo, porque somos perdidas.

MAD. BONACIEUX. ¡Dios mio!

MILADY. Escuchad... hé aquí lo que ha pasado. Mi hermano ha sabido que yo era el blanco de las iras del cardenal, y venia aquí para servirme de escudo, cuando ha tropezado en el camino con dos emisarios de su eminenia; en seguida ha puesto mano á la espada, y lo ha exigido los papeles de que debia ser portador; el mensajero se ha negado á darlos, y mi hermano le ha muerto de una estocada.

MAD. BONACIEUX. ¡Oh!

MILADY. Entonces mi hermano le ha quitado los papeles, y se ha presentado en el convento como emisario de su eminenia; dentro de una hora debe venir un carruaje á buscarme de parte del cardenal.

MAD. BONACIEUX. ¡Oh! ¿Y vamos á separarnos?

MILADY. Esperad.... me falta que daros una noticia; mi hermano ha descubierto un complot contra vos.

MAD. BONACIEUX. ¿Contra mí?

MILADY. Si, el cardenal quiere apoderarse de vuestra persona.

MAD. BONACIEUX. ¡Oh! en este convento, colocada bajo la inmediata proteccion de la reina, no se atreverá á hacer uso de la fuerza.

MILADY. Pero sí del engaño.

MAD. BONACIEUX. ¡Del engaño!

MILADY. Cuatro emisarios del cardenal, se han puesto en camino con esa intencion.

MAD. BONACIEUX. ¿Qué decis?

MILADY. Disfrazados de mosqueteros.

MAD. BONACIEUX. ¿De mosqueteros!

MILADY. Si, no habeis conocido á un joven guardia... á un mosquetero... llamado Artagnan.

MAD. BONACIEUX. ¡Oh! mucho... mucho....

MILADY. Los emisarios llamarán á la puerta en nombre del caballero Artagnan... y cuando hayan pasado el umbral del convento... os robarán.

MAD. BONACIEUX. ¡Oh! ¿qué me aconsejais?

MILADY. Hay un medio muy sencillo.

MAD. BONACIEUX. ¿Cuál?

MILADY. Ocultaos en estas inmediaciones hasta que podais saber quiénes son los hombres que vienen á buscaros.

MAD. BONACIEUX. Pero de aquí no me dejarán salir sin una orden de la reina.

(4) El CUADRO SINOPTICO DE LA HISTORIA SAGRADA se vende en Madrid en las librerías de Aguado, Sanchez, Guesta y Villa, y en las capitales de provincia en casa de los principales libreros.

(1) Véanse los números 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80 y 81.

MILADY. ¡Oh! gran inconveniente.
 MAD. BONACIEUX. ¿Cómo?
 MILADY. El carruaje llega a la puerta del convento, vos me decís adiós subís sobre el estribo para darme el último abrazo, y el lacayo de mi hermano, que está prevenido, hace una seña al postillon, y partimos á galope.
 MAD. BONACIEUX. Si, si, teneis razon.... así todo sale bien, pero no nos alejemos de aquí....
 MILADY. Comprendo, querida mía.
 MAD. BONACIEUX. Si fuese Artagnan el que viene con sus amigos.
 MILADY. ¡Pobre niña! (Aproximando una mesa servida.) Tomad alguna cosa.
 MAD. BONACIEUX. ¡Oh! dispensadme.



Escena III.—Milady, Mad. Bonacieux.

MILADY. Mirad que el carruaje puede llegar de un instante á otro.
 MAD. BONACIEUX. ¡Oh! ¡Cómo tiemblo!
 MILADY. ¿Habeis oído? (Moja un bizcocho en un vaso de vino.)
 MAD. BONACIEUX. ¿Qué?
 MILADY. La silla de posta de mi hermano.
 MAD. BONACIEUX. Ya llaman á la puerta del convento.
 MILADY. Id á vuestro cuarto y preparaos si queréis llevar alguna cosa.
 MAD. BONACIEUX. Solo tengo dos cartas de él....
 MILADY. Pues bien, id á buscarlas y volved luego....
 MAD. BONACIEUX. El corazón se me oprime.... no puedo andar.
 MILADY. ¿Amaís al caballero Artagnan?
 MAD. BONACIEUX. ¡Oh! con toda mi alma.
 MILADY. Pues bien, pensad que huyendo os conserváis para él.
 MAD. BONACIEUX. ¡Ah! me volvéis el valor. ¿Quién va allá? (Se abre la puerta y aparece un criado.)
 MILADY. No temáis nada, es el lacayo de mi hermano. (Sale la Bonacieux.)

ESCENA IV.

MILADY.—EL LACAYO.

LACAYO. ¿Milady tiene algo que prevenir?
 MILADY. En seguida que esa joven, que acabais de ver, haya puesto el pie en el estribo, partís á galope con el carruaje en direccion de Lila.
 LACAYO. ¿Nada más?
 MILADY. Esperad... si entre tanto que nos prevenimos para el viaje, veis aparecer á tres ó cuatro mosqueteros á caballo... tomad á todo escape la vuelta del convento, y vais á esperarlos á la puerta del jardín.... marchad. (Sale el lacayo.)

ESCENA V.

MILADY á la ventana.—Después MAD. BONACIEUX.—ARTAGNAN.—ATHOS.—PORTHOS.—ARAMIS.—LACAYOS.

MILADY. Me habia parecido.... pero no.... no es nada.
 MAD. BONACIEUX. Ya estoy aquí.
 MILADY. Y bien, ¿está todo listo, querida mía? La superiora no sospecha nada.... y ese hombre (Señalan-

do al lacayo que sale.) va á dar las últimas órdenes.... ¿queréis hacer como yo, tomar un bizcocho y un vaso de vino?
 MAD. BONACIEUX. No, gracias, no tengo necesidad de nada.
 MILADY. Entonces no perdamos un instante.... partamos....
 MAD. BONACIEUX. Si, si, partamos.... (No muy resuelta.)
 MILADY. Todo nos favorece, mirad, luego será de noche.
 MAD. BONACIEUX. ¡Oh! ¿qué ruido es ese?
 MILADY. En efecto.
 MAD. BONACIEUX. Dirán que es el galope de muchos caballos....

MILADY. Nuestros amigos, ó nuestros enemigos.... Estaos quietos.... yo os diré quienes son.
 MAD. BONACIEUX. ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! (Temblando.)

MILADY. Es el uniforme de los guardias del cardenal.... no hay que perder un instante... huyamos.... huyamos....

MAD. BONACIEUX. Si, si....
 MILADY. Venid, pues.... venid.... (El carruaje se aleja.)

MAD. BONACIEUX. ¡Ya es demasiado tarde!
 GRITOS. ¡Deteneos... deteneos! (Se oyen dos ó tres tiros fuera.)

MILADY. No, aun podemos huir por la puerta del jardín.... venid.... venid.... (Mad. Bonacieux se postra de rodillas.) ¡Oh! es ella la que me pierde.... venid.... ella es la que me obliga.... (Se dirige á la mesa, vierte el contenido de una sortija en un vaso de vino, lo toma y vuelve con él á Mad. Bonacieux.) Bebed.... esto os dará fuerzas.... bebed. (Bebe maquinalmente.) ¡Oh! no es así como esperaba vengarme. (Aparte y sale precipitadamente.)

MAD. BONACIEUX. Aguadad.... ya voy.... (Levantándose.)
 ARTAGNAN. ¡De orden de la reina! (En la calle.)

MAD. BONACIEUX. ¡Su voz! ¡es su voz! (Con viveza.) ¡Artagnan! (Corriendo á la puerta.) ¡Artagnan!... por aquí... ¡sois vos, Dios mío!

ARTAGNAN. Constanza, Constanza.... ¿dónde estais?...
 MAD. BONACIEUX. ¡Ay! Artagnan, no os esperaba.... ¿sois vos?

ARTAGNAN. Si, si, soy yo.
 MAD. BONACIEUX. Qué bien he hecho en no escaparme con ella.

ARTAGNAN. ¿Con ella?
 ATHOS. ¿Quién es ella?
 MAD. BONACIEUX. Esa mujer, la que estaba aquí, la que por interés á mi persona, quiso sacarme del convento, la que acaba de huir, porque os ha creído guardias del cardenal.



Escena V.—Mad. Bonacieux, Artagnan, Athos, etc.

ARTAGNAN. ¿La que acaba de huir? ¿Qué decís! ¡gran Dios! ¿una mujer acaba de huir del convento?
 MAD. BONACIEUX. Si, en este mismo instante....

ARTAGNAN. ¡Su nombre! ¿Sabeis su nombre?
 MAD. BONACIEUX. ¿Pero qué es lo que tengo? mi cabeza se turba.... mi vista se estravía....
 ARTAGNAN. ¡Oh! tus manos están frías.... Constanza.... Dios mío, pierde el conocimiento....
 ATHOS. ¡Oh! no, es imposible, Dios no permitirá semejante crimen. (Examinando el vaso que está sobre la mesa.)

MAD. BONACIEUX. ¡Agua!
 ARTAGNAN. ¡Agua! ¡agua! (Llamando, los lacayos traen agua.)

ATHOS. ¡Ah! ¡desdichada muger!
 ARTAGNAN. ¡Ya vuelve!
 ATHOS. Señora, en nombre del cielo, ¿quién ha bebido de este vaso?

MAD. BONACIEUX. Yo.
 ATHOS. ¿Pero quién ha echado el vino que habia en él?

MAD. BONACIEUX. Ella.
 ATHOS. ¿La condesa de Winter, no es esto? (Con voz terrible.)

TODOS. ¡Oh!
 ARTAGNAN. Cómo, eres tú.... (Cogiendo la mano á Athos.)

ATHOS. Creo que sabia por el cardenal el retiro de esta muger, y ha venido.... á asesinarla.

MAD. BONACIEUX. ¡Artagnan! ¡Artagnan! ¡no me abandones.... mira que me.... mueres!

ARTAGNAN. ¡En nombre del cielo!.... ¡corred, llamad, pedid socorro! (Los lacayos entran y salen.)

ATHOS. Inútil. El veneno que ella dá no tiene contraveneno.

MAD. BONACIEUX. Socorro.... (Procurando enderezarse.) ¡Ah! (Se arroja al cuello de Artagnan.) ¡No te amo!... (Espira. Porthos llora.)

ARTAGNAN. ¡Muerta! ¡muerta!
 ARAMIS. ¡Venganza!
 ATHOS. ¡Dios mío! tened piedad de nosotros.
 ARTAGNAN. ¡Muerta! ¡muerta! (Arrodillándose cerca del cadáver.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS.—LORD WINTER.

WINTER. No me habia engañado, he aquí al caballero Artagnan y sus tres amigos.

TODOS. ¿Quién es ese hombre? (Menos Artagnan.)

WINTER. Señores, vosotros vais como yo persiguiendo á una muger, ¿no es verdad?

ATHOS. Si.

WINTER. A una muger que ha debido pasar por aquí, puesto que veo un cadáver.

ATHOS. ¿Quién sois?

WINTER. Lord Winter, hermano de esa muger.

ATHOS. ¡Ah! ¿de veras? ahora os reconozco: bien venido seáis milord, sois de los nuestros.

WINTER. He salido cinco horas despues que ella de Portsmouth, y he llegado con tres horas de retraso, á Bolonia; por cinco minutos no la he dado alcance en Saint-Omer; pero en Lila he perdido su huella; caminaba á la ventura, informándome de todo el mundo, cuando os he visto pasar á galope; entonces he querido seguirlos; pero mi caballo estaba muy fatigado, para seguir el mismo paso que los vuestros, y sin embargo de tan activa diligencia, habeis llegado tarde.

ATHOS. Señora, (A la superiora.) dejamos á vuestros cuidados el cadáver de esa infelicitada muger. Fué un ángel sobre la tierra, antes de serlo en el cielo.... Miradla como á una de vuestras hermanas, y acaso algun día volveremos á llorar sobre su tumba.

ARTAGNAN. ¡Constanza! ¡Constanza! (Abraza el cadáver.)



Escena VI.—Athos, Artagnan.

ATHOS. ¡Llora, llora corazón lleno de amor, de juventud y de vida.... llora, yo tambien quisiera llorar como tú....

ARTAGNAN. Athos.... ¿no perseguimos á esa muger?

ATHOS. Si, pero antes tengo que tomar mis medidas.
 ARTAGNAN. Se escapará, Athos, y vos habreis tenido la culpa.

ATHOS. Respondo de ella. *(Habla á los lacayos y estos salen.)*

WINTER. Me parece, señores, que á mi me corresponde tomar esas medidas contra la condessa de Winter.

ATHOS. ¿Por qué razón?

WINTER. Porque es mi hermana.

ATHOS. Y yo... ¡yo soy su marido!...

Todos. ¡Su marido! *(Menos Artagnan.)*

ARTAGNAN. ¡Oh! Cuando publicas de ese modo que es tu muger, es porque estas cierto que va á morir. Gracias, Athos.

ATHOS. Estad prontos para todo... dentro de diez minutos estoy aquí.

ARTAGNAN. ¿Y os seguiremos?

ATHOS. Si, pero nos falta un compañero de viaje, y voy á buscarlo.

ESCENA VII.

LOS MISMOS.—UN ENMASCARADO.

HOMBRE. ¡Un asesinato! ¡Ella ha estado aquí!

ATHOS. ¿Qué queréis?

HOMBRE. Busco á una muger, que debe haber llegado ayer á este convento.

ATHOS. Esa muger se ha ido.

HOMBRE. Está bien *(Haciendo un movimiento para alejarse.)*

ATHOS. ¿Qué queríais á esa muger?

HOMBRE. Eso no importa á nadie.

ATHOS. Perdonad, señor: pero como esa muger acaba de cometer un crimen, es bueno que nos aseguremos con toda clase de precauciones... ¿La conocéis?

HOMBRE. Si.

ATHOS. Entonces, ¿me direis quién sois?

HOMBRE. ¿Lo deseáis?

ATHOS. Lo exijo.

HOMBRE. Bien, acercaos. *(Le habla al oído.)*

ATHOS. ¡Oh! seáis bien venido.

HOMBRE. ¿Cómo?

ATHOS. Vais á venir con nosotros.

HOMBRE. Imposible.

ATHOS. ¿Por qué?

HOMBRE. Por qué no puedo abandonar la ciudad sin una orden.

ATHOS. Aquí está la orden.

HOMBRE. ¿Firmada por Richelieu?

ATHOS. Si.

HOMBRE. Mandad, y obedezco.

ATHOS. Amigo, *(A Artagnan.)* sois hombre... Las mugeres lloran sobre los muertos, los hombres los vengamos.

ARTAGNAN. ¿Y ese compañero de viaje que nos faltaba?

ATHOS. Ya lo he hallado.

ARTAGNAN. ¿Entonces nada se opone á que persigamos á esa muger?

ATHOS. Nada.

ARTAGNAN. Partamos.

(Abrazando por última vez á madama Bonacieux.)

CUADRO DECIMO CUARTO.

Un valle lleno de malezas, cerca del río Lis.—Cabaña á la derecha.—Es de noche; oscuridad completa.—La tempestad resuena pavorosamente en el valle, y se va alejando poco á poco.

ESCENA I.

LOS MISMOS.—MILADY.—LOS LACAYOS.—MILADY, sola en la cabaña mirando á su reloj.

MILADY. Pronto será media noche: de aquí á Armentieres hay una legua cumplida, y no hace mas que tres cuartos de hora que ha salido el dueño de esta cabaña. Los caballos no pueden estar aquí antes de veinte minutos... paciencia y esperemos...

PLANCHET. ¡Psit! *(Echado delante de la puerta se levanta.)*

MOSQUETON. ¿Qué hay? *(Aparece por detrás de la cabaña.)*

MILADY. Demasiado sabéis que soy yo.

ATHOS. Está bien: deseaba oír esa confesion de vuestra misma boca.

MILADY. Yo soy ¿qué me queréis?

ATHOS. Queremos juzgaros segun vuestros crímenes; sois libre en vuestra defensa, justificaos si podeis. Caballero, Artagnan, á vos os toca acusar primero.

ARTAGNAN. *(Colocándose en el dintel de la cabaña.)* Delante de Dios y de los hombres, acuso á esta muger de haber envenenado á Constanza Bonacieux, muerta hace dos horas en mis brazos, en el convento de las Carmelitas de Bethune. *(Se retira.)*

ATHOS. Milord de Winter, á vos os toca.

MILADY. ¡Winter!

WINTER. *(Colocándose como Artagnan.)* Delante de Dios y de los

hombres, acuso á esta muger de haber corrompido á un oficial de marina llamado Felton, de haberle puesto el puñal en la mano, de haberle hecho asesinar al duque de Buckingham, asesinato que el in-

MOSQUETON. No, que espera.

PLANCHET. Entonces, volvamos á nuestro sitio.

MILADY. Me parece que oigo pronunciar amenazas entre el bramido de la tempestad... ¡Qué noche tan triste!

Grimaud aparece en el fondo detrás de una roca, y agita su pañuelo mirando hacia lo mas escarpado de la montaña.

ESCENA II.

LOS MISMOS.—ATHOS, aparece seguido de Porthos.—ARAVIS.—WINTER.—ARTAGNAN, y el HOMBRE ENMASCARADO; bajan el valle.

ATHOS. ¿Habeis seguido la pista? *(A Grimaud.)*

GRIMAUD. Si.

ATHOS. ¿Dónde está?



GRTEGA

Escena II.—Milady, Artagnan, lord Winter, Athos, etc.

GRIMAUD. Allí. *(Señalando á la cabaña.)*

ATHOS. Pero ha podido marcharse. ¡Oh! si se hubiese escapado!

GRIMAUD. La cabaña no tiene mas que una puerta y una ventana. Planchet guarda la puerta, y Mosqueton la ventana.

ATHOS. Venid... *(Volviéndose á los demas.)*

MILADY. Me parece que oigo pasos...

ATHOS. ¿Quién habita esa cabaña?

PLANCHET. Un leñador.

ATHOS. ¿Está dentro?

PLANCHET. No señor, ella le ha enviado á Armentieres en busca de caballos de posta.

ATHOS. ¿Le habeis dejado pasar?

PLANCHET. Le hemos detenido... Bazin le guarda á quinientos pasos de aquí.

ATHOS. Porthos á esa puerta, yo á la ventana, vosotros donde os hallais.

PORTHOS. Ya estoy.

MILADY. Esta vez he oído pasos por este lado... *(Se acerca á la ventana y percibe á Athos.)* ¡Oh! *(grito pavoroso)* es una vision... ¡no! *(quiere huir por la puerta.)*

PORTHOS. ¡Atrás! *(Apuntándole con una pistola. Athos derriba la ventana de un puñetazo, y salta al interior de la cabaña.)*

ATHOS. Bajad vuestra pistola, Porthos, importa mucho que esta muger sea juzgada y no asesinada... Acercaos, señores...

MILADY. ¿Qué queréis?..... *(Cayendo en una silla.)*

ATHOS. Queremos saber donde se encuentra Carlota Backson, condessa de la Fere, milady de Winter, y baronesa de Clarick.

MILADY. Demasiado sabéis que soy yo.

ATHOS. Está bien: deseaba oír esa confesion de vuestra misma boca.

MILADY. Yo soy ¿qué me queréis?

ATHOS. Queremos juzgaros segun vuestros crímenes; sois libre en vuestra defensa, justificaos si podeis. Caballero, Artagnan, á vos os toca acusar primero.

ARTAGNAN. *(Colocándose en el dintel de la cabaña.)* Delante de Dios y de los hombres, acuso á esta muger de haber corrompido á un oficial de marina llamado Felton, de haberle puesto el puñal en la mano, de haberle hecho asesinar al duque de Buckingham, asesinato que el in-

feliz paga en este momento con su cabeza... Asesino de Buckingham... asesino de Felton... asesino de mi hermano, yo demandó justicia contra vos, y declaro que si no me la hacen, yo me la tomaré. *(Se coloca al lado de Artagnan.)*

ATHOS. A mi vez, señores, declaro que me casé con esta muger, cuando ella no tenia mas que diez y siete años; la hice mi esposa contra la voluntad de mi padre, la di mis bienes, la di mi nombre, la di mi honor... Un dia descubrí que estaba infamada... Esa muger tenia una flor de lis en la espalda...

HOMBRE. Soy testigo. *(Acercándose á la puerta.)*

MILADY. ¿Quién dice que es testigo?

HOMBRE. Yo.

MILADY. ¿Vos? yo os desafío á que encontréis el tribunal que ha pronunciado esa infame sentencia; yo os desafío á que encontréis el hombre que la ha ejecutado...

HOMBRE. Vedle aquí. *(Quitándose la máscara.)*

MILADY. ¿Quién es ese hombre? *(Cayendo de rodillas.)* ¿quién es ese hombre?

HOMBRE. ¿No me conocéis? *(Acercándose.)*

MILADY. ¡Ah!

HOMBRE. Yo soy hermano del hombre *(Al grupo.)* á quien esa muger ha amado, á quien ella ha perdido, á quien ha obligado á matarse. ¡Yo soy hermano de Jorge!

ATHOS. Caballero Artagnan ¿qué pena pedis contra esa muger?

ARTAGNAN. La de muerte.

ATHOS. Milord de Winter, ¿qué pena reclamais contra esa muger?

WINTER. La de muerte.

MILADY. ¡Oh! señores... señores...

ATHOS. Carlota Backson, condessa de la Fere, Milady de Winter, baronesa de Clarick, vuestros crímenes han ultrajado á los hombres en la tierra, y al Eterno hacedor en el cielo, si sabéis alguna plegaria, decidla, porque estais condenada, y vais á morir... verdugo, esta muger te pertenece. *(El hombre se acerca á Milady.)*

MILADY. Sois unos cobardes, sois unos asesinos ¿venis seis hombres para matar á una muger?.... mirad lo que haceis.

ATHOS. Vos no sois una muger, vos no pertenecéis á la especie humana, sois un demonio escapado del infierno, y vamos á volveros á él.

MILADY. ¡Asesinos! ¡Asesinos!

HOMBRE. El verdugo puede matar sin ser por eso asesino, señora; su golpe es el último fallo.

MILADY. Si, pero para no ser asesino, necesita una orden.

HOMBRE. Ahí la teneis... «Es por mi orden, y por el bien del Estado, por lo que el portador de la presente hace lo que hace... Richelieu.»

MILADY. ¡Ah! ¡estoy perdida!

ATHOS. Verdugo, cumple tu deber.

MILADY. ¡Socorro! *(Estrechada por el verdugo.)* ¡Socorro!

ARTAGNAN. ¡Ah! yo no puedo contemplar este horrible espectáculo, no puedo permitir que esa muger muera de ese modo.

MILADY. ¡Artagnan! ¡Artagnan! ¡salvadme!

ATHOS. Artagnan *(Entre éste y Milady.)* si dais un paso mas, os mato.

ARTAGNAN. ¡Oh!

ATHOS. Todo lo que teneis derecho á demandar de nosotros, señora, es nuestro perdono... Yo os perdono el mal que me habeis hecho... os perdono mi porvenir destruido... mi salud comprometida para siempre... por la desesperacion en que me habeis arrojado... ¡Morid en paz!

WINTER. Yo os perdono el envenenamiento de mi hermano, el asesinato de lord Buckingham, y la muerte de Felton... ¡Morid en paz!

ARTAGNAN. Y yo... perdonadme, señora, de haber provocado vuestra cólera, por una accion indigna de un caballero, en cambio yo os perdono la muerte de mi pobre amiga, os perdono, y lloro por vos... ¡Morid en paz!

MILADY. ¡Oh! ¡ninguna esperanza! *(Al verdugo con valor.)* ¡Marchemos! *(A los mosqueteros.)* ¡Mirad lo que haceis! yo no soy socorrida; pero seré vengada. *(El verdugo la arrastra al fondo.)*

ATHOS. De rodillas, señores, y oremos, porque una criatura culpable, pero perdonada, va á morir.

VERDUGO. Venid.

ARTAGNAN. ¡Athos!... ¡Athos!... *(Se oye un grito y un golpe. El verdugo se presenta con la espada en la mano.)*

VERDUGO. Dejad paso á la justicia de Dios.

ARTAGNAN. Todo se ha acabado... *(Levantándose.)* perdonadnos, señor. *(Cae el telon.)*

FIN DEL DRAMA.



LA REINA FAYNA.

(LEYENDA CANARIA.)

«Ya el Héspero delicioso
entre nubes agradables,
cual precursor de la noche
por el Occidente sale.»
(Melend. z.)

Nos hallamos en la isla de Lanzarote, en la antigua *Tite-roi-satra* por los años de 1377. Ocupa el trono el anciano Zonzamas, unido en mal hora con lazos matrimoniales a la bella Fayna, joven que no cuenta arriba de diez y siete primaveras, sensible hasta el extremo, de imaginación movidiza, y en quien el sentimiento útil de la curiosidad, se convierte, como en casi todos los pueblos medio salvajes, en un vicio, nocivo a veces, y de continuo importuno.

Las sombras gratas de la tarde, resbalan mansamente al través de una llanura próxima a las orillas del mar, sobre cuya movable superficie se descubre un barco, al parecer disponiéndose para partir. Dos jóvenes, una en sus verdores, y otra algo mas en sazón, aquella revelando en su semblante cierto dejo de melancolía, y ésta, como esforzándose en mostrarse alentada y firme, mantienen en el apartado sitio una plática quebrada por frecuentes interrupciones, cual si estuviesen en acecho de alguna persona. La primera, viste una especie de basquiña de pieles de cabrito, que añade una gracia infinita a su hechicero talle, y adornan su cabeza unos listones de pellico teñidos de varios colores con tres plumas a un lado de la frente, á manera de airon, y los hermosos cabellos negros jugueteaban en su esponjosa garganta, bien como otras tantas culebrillas domesticadas por el eco apacible de su voz, y obedientes á sus mandatos. La segunda, si no con la misma lozanía, lleva un vestido análogo; y ambos usan por único calzado unas abarcas de suela, no muy distintas de las que gastaron las heroínas del padre Homero.

—No le veo desde ayer, dijo la mas joven, y este es el sitio señalado para la entrevista. No sé por qué tiemblo al sentir que se acerca el momento de contemplarle, de oírle, de extasiarme de amor... un triste presentimiento amarga toda mi felicidad.

—Hermosa Fayna, le responde su compañera, ¿recelas que Ruiz de Avendaño, olvidando tu sacrificio, pueda...?

—¡Ah, Guadastiza! tal vez cansado ya de los halagos de esta infeliz, anhele tornar á esos países que con tan hechiceros colores, ha sabido pintarme; á esos países donde los hombres son tan arrogantes como él y se visten como él, y no con pieles.... ¡Cuánto diera yo por ver esa tierra!

—¿Y Zonzamas?

—¡Ah! ¡Nunca, nunca!... Todo lo he propuesto á esa pasión, amiga mía. Zonzamas no reconocerá en mi cuando descubra nuestros secretos amores, sino á la querida de un extranjero.... y me repudiará, si, me repudiará (1).... ¿Cómo resistirse, sin embargo? Su magestuoso porte, sus lujosos vestidos, su armonioso y mágico lenguaje, parecido á la divina música que también nuestros pájaros sobre los *tesesés* que se esconden en las nubes.... Al mirarle, mis ojos se cerraron para los demás objetos de la tierra: al oírle la melodía de sus palabras, me trasportó á otra región.... *Tite* se me figuró desde entonces un mundo nuevo, y los ojos de Avendaño, los soles de este mundo.

—El se acerca.

Y era así en efecto. Un arrogante mozo, vestido á la europea, con negros y poblados mostachos, sombrero á la moda de aquel siglo, gregüescos de seda hasta medio muslo, capa corta y una tez morena, tostada ademas por el sol, se adelantaba á pasos precipitados.

—¡Encantadora Fayna! dijo, abrazando con efusión á la enamorada princesa; y observándola atentamente, prosiguió: ¿Por qué te encuentro así, con ese viso de tristeza? ¿qué temes, alma mía? ¿se ha sospechado algo de nuestras secretas relaciones? habla, di.

—No; El rey de *Tite*, que ha acogido á su huésped con las mas decisivas muestras de afectuosa hospitalidad, no recela que....

—Que su huésped le haya robado su mas caro tesoro: el amor de Fayna.... ¿No era esto lo que querías decir? Sin duda arrepentida ya, tratas de poner término á nuestras amistades y....

—¡Yo!... Cuando me entregué á ti, todo lo habia previsto: á todo me someto, pues; y moriré, si es preciso, pero moriré amándote! ¿Tengo yo la culpa de adorarte? Una horrosa tempestad hacia retumbar su cólera hasta en las mas escondidas cuevas de *Tite*; nosotros temblábamos por nuestras moradas, por nuestros sembrados, por nuestras vidas. Reunidos nos hallábamos á tiempo que se anunció una maravilla.... Eres tú; tu que habías escapado milagrosamente de los furiosos de la tormenta. Te vi, y no vi mas que á ti. Una armonía celestial resonaba en tus labios! ¿Cómo una pobre hija de la naturaleza, rodeada solo de rústicos cuerpos, adornados con pieles de cabrito, resistiría al esplendor que tus contornos inundaba?

—¡Mi reina! prorumpió arrebatado de entusiasmo, el aventurero español, cuando hablas así, quisiera estar siempre oyéndote; quisiera que ni los céfiros de estos

alrededores suspiraran, porque temo, que sus suspiros sean de amor.... ¡Oh! cuando me miras, desearía no apartar mis ojos de los tuyos, por toda una eternidad... Sencilla, como las flores de *Tite*, eres sincera y franca como las hijas de la naturaleza.... Estás mas cerca de Dios que las mugeres de mi país!... Raras veces el corazón de estas va de acuerdo con las articulaciones de sus labios. Son falsas é hipócritas, Fayna mía. Estas palabras, incomprensibles para ti, encierran la definición de la mayor parte de nuestras mugeres. Por eso yo no he sentido nunca lo que á tu lado: aquí he encontrado la naturaleza, allá solo encontraba el arte.

—Dime, Ruiz, preguntó con ansia la princesa ¿y esas mugeres dejan también á sus maridos por otros hombres tan hermosos como tú?

—¡Oh! esas mugeres, Fayna, hacen por artificio lo que tú inocentemente. Allí todos los hombres son como yo, y visten lo mismo; empero, hay muger que abandona al mas arrogante esposo en cambio del mas despreciable querido.

—¡Infames! ¿y duermen tranquilas?

—Si, y cantan y rien y bailan.

—¡Qué horror! pues yo, te lo confieso, desde que no puedo ser enteramente franca con Zonzamas, casi no he pegado los ojos. Pero, ¿qué me importan estos martirios? Los sufro por ti, y me parecen algo llevaderos.

Frunciéronse las cejas del atrevido navegante, y manoseando su retorcido vigote, dirigió á escusas una rápida ojeada hacia el barco que sobre las olas se mecía anudando la interrumpida plática de la manera siguiente:

—Esos martirios van á terminarse, Fayna.

No dejaba de haber ternura en su acento; pero mezclada con un fondo de desesperación que aterró á la adúltera joven. Guadastiza se habia apartado de aquellos lugares para evitar cualquier sorpresa. Los dos amantes estaban solos.

—¿Cómo? ¿cuándo se terminarán? preguntó la princesa.

—Desde esta tarde; respondió Avendaño.

El acento conque el arrogante español pronunció las anteriores palabras, estaba impregnado de tal tristeza, que la culpable esposa de Zonzamas comenzó á temblar, percibiéndose la palidez repentina de su rostro al través del tinte moreno de su lustrosa piel, bien como se percibe la luz prestada del astro de la noche por entre las tupidas nubes que á tiempos se oscurecen. Vaciló sobre sus rodillas, y hubiera dado en tierra con su cuerpo, á no ser la especie de báculo que los brazos de Ruiz le prestaron, entrelazándose alrededor de su delgada cintura.

—¡Hermosa mía! exclamó el europeo, si yo pudiera, como los pájaros que se posan en los *tesesés*, labrar un nido donde á tu lado respirase de continuo la benéfica atmósfera de *Tite*; si yo pudiera dormirme para siempre sobre tu seno, al eco melodioso y tierno de la rústica flauta que tienen tus compatriotas; ¡oh! rosa silvestre de estas comarcas vírgenes... entonces no envidiaría ni á los santos que moran en el paraíso, ni á los ángeles que cantan *hosana* á los pies del criador!... Créeme: ¡te adoro, como una de esas puras emanaciones del padre de los seres, que exhalan por todos los poros un perfume celestial!... Pero, no ignoras que no vine solo á esta mansion de los bienaventurados; no ignoras que mis compañeros me aguardan en la embarcación que nos debe conducir lejos de estas riberas afortunadas, un día tal vez la presa de los ambiciosos aventureros de Europa.... Ellos me instan, me culpan... Es preciso partir.... y al anochechar....

—Al anochechar!... repitió la princesa.

—Tenemos que despedirnos, prosiguió Avendaño, ¡para no vernos mas!

—¡Despedirnos! ¡no vernos mas! ¿qué significan esas palabras que me hielan el corazón?

—Significan.... que el sol, ocultándose detrás de los montes, se lleva consigo nuestra felicidad; que la dulce claridad de la tarde en este país delicado, vá rápidamente huyendo y arrebatándose el vivir: que la oscuridad principiará en breve á entoldar ese azul cristallino de los cielos... Y que mañana... mañana al trasmonar del sol, al caer la tarde, al crecer las sombras de la noche, mis ojos, en vez de leer en los tuyos el amor que te devora, leerán en las estrellas, esos ojos del firmamento, mi destino.... Significa, ¡oh perla de estos mares! que un barco está mecándose sobre las aguas del Océano; enfrente de nosotros, y que espera por su capitán para partir.

—¿Partir?... ¡Oh, no..., no te irás!... «Y diciendo esto, la inconsolable isleña se colgaba de los hombros del aventurero, cual el perro fiel de los brazos del amo ingrato que en un momento de cólera intenta precipitarle en un abismo. ¿Esta noche? ¿has pensado en lo que has dicho? ¿Dejarme? ¿Olvidarme? ¿Matarme? ¿tú?... ¡Y me hablas de compañeros que aguardan! ¿Y yo? ¿por quién suspiraba hace un instante? ¿por quién suspiraré mañana? ¿qué mano estrechará la mía? ¿qué brazo se enlazará á mi cuello? ¿qué voz responderá á mi voz?... Te chanceabas.... quisiste probar todo el extremo de mi cariño.... ¿No sabes aun hasta donde alcanza este? ¿Mis ojos, no te lo han expresado? ¿los latidos de mi pecho, no te lo anuncian?... Pues oye: ¿ves el fondo inmenso de esa bóveda tachonada de blancas nubecillas? mas inmenso es mi amor.... ¿Ves el eterno movimiento de ese espumoso lago, que se estrella irritado contra nuestras rocas? mas eterno es mi amor.... Inmenso como el cielo, ¡eterno como el movimiento del mar! ¿Entiendes?... Vete ahora; abandóname.... y el alma

de la pobre Fayna, irá á atormentar tu sueño; ¡porque me moriré.... si, me moriré!...

Apremiaba el español á la princesa de *Tite* contra su corazón, y los sollozos de entrambos interrumpían solo aquel momentáneo silencio. La naturaleza parecia sentir con ellos; tal era la melancolía que bañaba los últimos alientos de la tarde. Permanecieron así largo espacio, mudos, arrobados en un éxtasis infinito.... De improviso, Ruiz, prendiéndola fuertemente del brazo izquierdo, y con acento firme prorumpió:

—¡Huyamos, embarquémonos juntos!... El mar arrullará nuestro sueño.... Será la estrella del marinero en medio de la tempestad; la sirena del Atlántico, la soberana de las olas... ¡Ven!

—¿Y Zonzamas? ¿le mataré yo propia, amor mio?

—¡Ingrata!

—¡Si vieras cuanto me quiere el desdichado anciano! Antes de tú venir, no creía yo que hubiese quien me quisiera mas; pero tú....

—Yo te quiero mucho mas ¿no es cierto?

—Si, si....

—Pues huyamos... ¡Yo te adoro!

Y Ruiz se la llevaba, casi en sus brazos, mas muerta que viva, cuando Guadastiza, precipitándose en el lugar de aquella escena de un amor adúltero, y que dentro de algunos años iba á serlo de sangrientos combates y de bárbaries sin limites, anunció á la culpable pareja que el vendido esposo se aproximaba.

II.

The flower thas smile to-day,
To-morrow dies;
All that we wish to stay,
Tempts, and then flies.
What is this world's deliot?
Lightning ths mocks the night,
Brief even as bright.
(Shelley.)

La flor que hoy nos sonrie,
mañana muere;
lo que para ansiabamos
nos tentó y fuese....
Son nuestros gozos,
relámpago imprevisto,
brillante y corto.

Apareció Zonzamas por uno de los extremos de aquella llanura, aunque no muy distante del lugar que los amantes ocupaban. Un *tamarco* de pieles, perfectamente unidas por medio de delgadas correas, le cubría desde la garganta hasta media pierna. Sus pies calzaban unos como botines de cuero, y realzaba la magestad de su encanecida cabeza una corona de pieles de cabrito, esmaltada de preciosísimas conchas, á guisa de birretina de granadero. Una larga y poblada barba le descendía hasta la cintura, rematando en punta, y sus cabellos argentinos serpenteaban á merced de la fresca frisa, sobre sus robustas y encurvadas espaldas.

—¡Deteneos!.... gritó con voz terrible, b'landiendo en su diestra mano la puntiaguda pica, y amenazando arrojarla contra los fugitivos. Fayna volvió aterrada el descompuesto rostro, y trató de retroceder, como aguijada de sus remordimientos; pero el español, contemplando la cercanía del peligro, con la vista fija en la embarcación que le aguardaba, la prendió mas fuertemente y prosiguió caminando, aunque retardado por la rémora que á su curso oponía el casi insensible cuerpo de la princesa.

—¡Deteneos, ó os mato! repitió el ofendido monarca, indicando con su ademán que lo iba á ejecutar como lo decia. El riesgo era inminente. ¿Quién podía aplacar la justa cólera del anciano? Los compañeros de Ruiz estaban lejos de aquel sitio, Guadastiza habia desaparecido.... En tales momentos y aprovechándose de un movimiento de Avendaño, escapóse Fayna de los brazos que la estrechaban, y se echó á los pies de su irritado esposo, exclamando:

—Zonzamas, máteme á mi sola: aquí me tienes. Soy la culpable; el extranjero no. Y diciendo así, arrastrábase á las plantas del rey y las humedecía con sus lágrimas.... ¿de dolor por la interrumpida fuga, ó de arrepentimiento de haberla emprendido? á nuestras lectores toca fallar sobre este interesante punto. Zonzamas la estuvo mirando unos segundos, triste y desesperadamente. Cruzó en seguida los brazos, y prorumpió en las siguientes frases, dirigiéndose al europeo:

—Es así como pagan los hombres de tu tierra los beneficios de la hospitalidad! ¡robando al generoso anciano el apoyo de su vejez! ¡robando al hijo de la naturaleza su tesoro!.... ¡Eres un infame!

—Te atreves.... (principió Ruiz) é iba á continuar tal vez, pero la voz se le ahogó en la garganta, cual si la conciencia interior de su ingratitud le atara la lengua; su mano, empero, asíó de la espada, desenvainándola hasta la mitad.

—Eso es, repuso el anciano; arranca á tu bienhechor la vida despues de haberle despojado del honor. Hombre civilizado, usa de los derechos de tu celebrada civilización: ¿á qué aguardas?

—¡Perdóname.... ¡perdóname! repetía la princesa, siempre postrada en tierra.

Ruiz de Avendaño no era hombre capaz de dejarse arrebatar tan fácilmente el objeto de su cariño. La tarde iba de vencida: las sombras de la noche comenzaban á oscurecer aquella escena.

—¿Cuál es tu intento? preguntó el aventurero al monarca.

—Robarte á mi turno la felicidad que esperaba. Oblí-

(1) El repudio era la mas terrible de las penas que podían aplicarse á una esposa criminal entre los primitivos canarios.

parte á partir sin ella, á huir solo, ¡solo! ¿entiendes? La embarcación te insta. Pudiera acabar contigo.... pero, te perdono: vete.

—¡Sin Fayna.... jamás!

—Si das un paso hácia adelante, sepulto la pica en sus entrañas.

—¡Bárbaro!

—¡Mira que hiero!.... Y al notar que Avendaño se aproximaba, colocó la punta de su terrible arma sobre el corazón de la infeliz cuanto culpada isleña. Ruiz retrocedió horrorizado.

—¡Huye, gritó Fayna con todas sus fuerzas. ¡Te lo pido, te lo ruego!

—Anciano, tornó á decir el arrogante español, como intentando convencer al rey de Tite; Fayna no te quiere: á mi me adora. ¿Para qué deseas, pues, que permanezca á tu lado? No, esa muger no merece compartir de nuevo tu lecho. Te ha engañado te ha vendido.

—¡Calla, calla.

—Te ha vendido, si! cédemela.... arrójala de tu seno, como una planta dañina; como un animal venenoso.

—Calla.

—Disputémosla en lid terrible.

—No.

—Pelearnos hasta que uno de los dos perezca.

—No.

Una claridad rojiza, apareciendo de improviso por la parte del mar, interrumpió el precedente diálogo. Ruiz clavó los ojos en el Océano y exhaló un tremendo grito.

—¡Maldición! es el aviso de la partida.

Dramática á mas no poder era la situación de aquellos tres personajes. El semblante de Zonzamas, contraindo por una alegría feroz y un sentimiento de melancolía indefinible; los ojos de la princesa inundados de lágrimas y los estremecimientos de todos sus delicados miembros; la arrogancia europea, luchando en el aventurero con los azares de su complicada posición; la soledad salvaje y virgen de aquellos alrededores; el murmullo sordo y lejano de las olas; la magestad del moribundo día; hasta la diferencia de vestidos, que parecía como un recuerdo de la civilización en medio de una naturaleza desierta; todo comunicaba al cuadro cierta sublimidad no indigna tal vez del pincel de un grande artista.

—¡Apresúrate, dijo el agraviado monarca: no tienes tiempo que perder.

—¿Y si no me moviese de aquí? replicó el acalorado joven.

—Se marcharían y te dejarían solo.

—No.... vendrían á buscarme; y prosiguió con ademán resuelto. Vendrán, si, pues no he de moverme. ¡Tiembra por ti, por tus vasallos, por tu reino!

—¡Insensato! ¿has olvidado que estoy decidido?

—¿A qué?

—¡Tiembra por tu adorada!.... La claridad se disminuye.... te buscarán.... podrán llegar aquí.... ¿no me comprendes? ¡Parte, parte, ó la asesino!

—¿Qué horror!

—¡Parte!

—Un momento....

—¡Ahora mismo!

—Escúchame....

—¡Ahora!.... y la punta de la aguada pica se apoyaba en el seno de la desventurada reina.

—¡Detente, viejo estúpido, detente! ¡Maldición sobre ti, sobre tu país, sobre tus vasallos!

—¿Que hiero!

—Diré á la Europa que en el extremo del mundo existe un hombre con alma de víbora, rey de otros hombres tan feroces como él....

—¡Huye!

—Y volarán mis compatriotas, y te despojarán de tus estados, y....

—¡Se acabó.... ya no escucho nada!

Un espantoso grito de la infortunada isleña, dió á conocer á Ruiz que si se detenía un instante mas, la vería caer muerta ante sus ojos. La punta del arma empezaba en efecto á agujerear la piel de la adúltera esposa.... El navegante español, desesperado, hundido en una impotente furia, arranca un ahogado *adios* de su convulsivo pecho, y comenzó á alejarse. Paróse de repente al ir á tomar el sendero que conducía á la playa, y como que hizo ademán de retroceder, cosa tan común en cualquier despedida; pero la actitud determinada de Zonzamas le aterrizó. En breve los dos esposos quedaron solos.

Después entonces el monarca de Tite su pica del corazón de Fayna, y arrastró á ésta hácia un montecillo, de donde se distinguía perfectamente la orilla del mar y la embarcación en que aguardaban al aventurero. Terrible silencio reinaba entre los dos. ¡Dijerais dos sombras del mundo de los muertos, que cruzaban espiondo algún crimen, por el mundo de los vivos! Meramente se oían de trecho en trecho los gemidos dolorosos de la culpable isleña. Llegaron á la cumbre del montecillo. Zonzamas obligó á su esposa á que levantara los ojos y los fijase en el espectáculo, que si bien de sumo oscuro se descubría, no obstante, desde allí. Rompiendo luego aquel silencio:

—Distingues, exclamó, á los miserables compañeros de tu cómplice? ¡Qué impacientes están! Pero ya él se acerca. Se abrazan.... hablan entre sí.... les contará su aventura.... ¡Sagrado nombre de Alcorac! retroceden.... ¡Insensatos! ¿se figurarán hallarte viva? Y si dan los Y siguen apartándose de la arenosa playa....

preparate para morir!

—¡Piedad! dijo con voz casi ininteligible la abatida princesa.

—¡Preparate!.... ellos descienden de nuevo.... El infame ha temblado por tu vida.... se embarcan.... ¡Bien, bien!...

Una espantosa risa lució en los labios del monarca. Sus ojos resplandecieron con una claridad infernal, y todos sus músculos se contrajeron como tocados de magnetismo. El horroroso placer de la venganza, se retrataba en sus rústicas y curtiduras facciones. Sacudió á la desventurada Fayna con una mano poderosa, haciendo crujir los tierros huesos de la isleña; y ahuecando enfáticamente sus palabras para acrecer el efecto que deberían causar en aquel ser débil y combatido por tan extrañas sensaciones, exclamó:

—Ahora.... oyeme. No te asesino, no.... ¡te repudio! Fayna cayó sin sentido al oír su sentencia; y el rey de Tite-roi-gatra se alejó velozmente de aquellos solitarios lugares.

JOSÉ PLACIDO SANSON.

FISIOLOGIA DEL POLLO.

Hé aquí un individuo perteneciente á la historia natural, que sin embargo no ha sido hasta ahora objeto de un estudio detenido y concienzudo; á pesar de su grande importancia, nadie ha invertido el tiempo en describir al pollo; por lo menos nadie le ha descrito con la profundidad, con la copia de datos que individuo tan famoso se merece. Nosotros, teniendo presente las escenas en que se le hace representar un papel principal, y en las cuales unas veces aparece como animal temible, y otras como víctima inocente; considerando que esta aparente contradicción en materia tan interesante debe tener trastornada la cabeza á la mayor parte de los españoles, creemos hacer un eminente servicio echando sobre nuestros hombros el inmenso trabajo de dar á conocer tan importante asunto; sobre todo á nuestros lectores de provincia, á cuyas regiones creemos no habrá llegado aun semejante plaga.

Y antes de pasar de aquí protestamos de la manera mas solemne, que en este trabajo no abrigamos pretension de ninguna especie, confesando ingenuamente nuestra incompetencia en este género de descripciones. Pero es muy grande el servicio que creemos dispensar para que reparásemos en nuestras cortas fuerzas; pues no llegamos á conseguir nuestro objeto, que es moralizar á esta clase de animales, haciéndolos ver el ridículo á que se esponen diariamente con sus acciones; por lo menos estimulará nuestro ejemplo á otros ingenios, que con pluma mejor cortada sabrán llenar el vacío que nosotros forzosamente dejaremos.

Grandes son los obstáculos con que tenemos que luchar para probar que el pollo es inofensivo, puesto que la generalidad de las personas, sobre todo si pertenecen al sexo débil, creen que es un animal asolador, que cual tigre rabioso destroza cuanto á su paso se presenta, y temen mas echarse á la cara á uno de estos individuos, que encontrarse de manos á boca con el mas feo é imponente de los soldados del señor de todas las Rusias.

El pollo! Palabra fatídica para todo el que tiene encomendada la custodia de un *angelito con faldas*! Palabra de mal agüero para todo amante, aunque se halle en la víspera de su boda! Palabra que asusta á las mamás y hace palidecer á los maridos! Palabra en fin que produce en las bellas la misma impresion que causara en otro tiempo el mágico nombre del célebrimo don Juan Tenorio!...

Tranquilícense, sin embargo, nuestras amabilísimas lectoras, que nosotros procuraremos presentar á este vípido, tan temido, en el verdadero terreno que de justicia merece, y verán caer de repente y con estrépito esa famosa nombradía que injustamente ha adquirido.

El pollo no es otra cosa que un animal bipedo, sin plumas y de poco pelo, muy semejante en la figura al hombre, á quien tiene el instinto de imitar.

Nuestros lectores querrán saber qué analogía, qué puntos de contacto tiene el pollo, que nos ocupa, con la *cria que sacan las aves de sus huevos*, que es lo que hasta ahora se ha conocido exclusivamente con aquel nombre; pero confesamos francamente nuestra ignorancia sobre el particular; y esta confesion, si nada ilustra, tiene al menos el mérito de ser muy poco común en unos tiempos en que sabemos tanto, que estamos próximos á llegar á conocer la esencia de las cosas, al decir de muchos. Ignoramos, pues por qué tienen un mismo nombre dos seres que ocupan un lugar tan distante en la escala animal, á no ser que consista la semejanza en el tiempo en que los dos suelen figurar, que es el estío, ó lo que es lo mismo, en la temporada de los tomates.

El pollo, no es animal racional, aunque es susceptible de llegar á serlo; sin embargo, no pertenece á la numerosísima clase de los brutos, á pesar de que en algunas ocasiones, puede dudarse de la exactitud de este aserto. Nosotros no titubeamos en colocarle en una nueva clase de nuestra exclusiva invencion; es decir, en la de los pseudo-racionales, la cual, que nosotros sepamos, no se compone mas que de pollos, asi como la de los racionales, se compone exclusivamente de hombres.

El animal que nos ocupa, es de mediana alzada: (re-

cuértese que es bipedo); sus formas son redondeadas, su musculatura en general, ofrece muy poco desarrollo: su cara, es tan parecida á la del hombre, que daría lugar esta fatal semejanza, á equivocaciones de gran consideración, si no fuera por la *barba*, de la que carece completa, ó casi completamente el pollo, por mas que sacrifique su piel inhumana y prematuramente al filo poco cortante de las navajas de afeitar, que ha destinado ya hace años su anciano padre á la dolorosa operación de extraer los callos: y por mas que (dúro es revelarlo) con la fé mas ardiente y con la balagüena esperanza de conseguir algun bozo, unte refriegue y mortifique su rostro con los menjurges que algun charlatan le proporciona en cambio de unas cuantas monedas que ha sabido sustraer del bolsillo de su confiada mamá, ó que ha podido conseguir del *astur* á fuerza de súplicas.... ¡quizá de lágrimas!... del sobrante de la compra.

Es indudable que los que llamamos pollos, poseyendo las facciones tan *limpias*, es decir, la cara tan pelada, y unas formas tan afeminadas, inspirarian cierto afecto, cierto interés que nos parece comprenderán nuestros lectores, comparándolos con los que nos inspiran los niños; si se presentaran á nuestra vista con ese aire candoroso y sencillo que tan bien sienta á estos. Pero desgraciadamente para los pollos, todas estas naturales ventajas, de que debieran aprovecharse, las inutilizan con su continente altivo, su mirada severa y su ademan grave y circunspecto, que contrasta ridículamente con su figurilla de pírulo y con su voccecita de soprano.

Entre las cualidades que mas resaltan en el pollo, es la mas notable la de imitar al hombre: su mas constante afán, su mas vehemente deseo, es confundirse con él, para lo cual necesita, como circunstancia indispensable, vestir el mismo traje. ¿Cómo allanar tamaña dificultad? ¿Cómo remover tan insuperable obstáculo? por que es preciso no perder de vista que el pollo aun no ha llegado á adquirir *propiedad*, no pudiendo en consecuencia disponer por sí del dinero necesario para cambiar la odiada *chaqueta*, llevada hace tiempo con resignacion heroica y digna de objeto mas laudable, por la airosa levita ó por el elegante frac.

Pero nuestro protagonista no se apura por estas adversidades de su contraria suerte; ni porque después de haber recurrido al cocinero, en quien ha hallado remedio su aflicción otras veces, le encuentre poco dispuesto á secundar sus miras, ora porque la cantidad que le pide sea de *consideración*, ora porque haya llegado á cansarse de tener por cómplice en sus sisas á un ser que por su *debilidad* puede descubrir sus secretos manejos. Un pensamiento luminoso acaba de hacerle sonreír, y sin tratar de profundizarle ni de medir la extension de sus consecuencias, se dirige con paso firme, la cabeza erguida y la mirada magestuosa á casa de *Mr. le tailleur*, cuya palabra sabe que significa *sastre*, porque está estudiando en la Universidad el francés, antes de conocer los rudimentos del habla castellana, que nunca ha merecido de él la menor atencion.

—Bon jour, maestro,—dice al entrar con aire satisfecho—¿Qué tal de trabajo?

—Regular,—le contesta el sisa-capas;—pero no tanto que no pueda ocuparme de vd. si me necesita.

—¡Pst! traigo hoy un capricho—replica el pollo—quisiera hacerme una levita.

—Se ha resuelto al fin papá....

—Si señor,—interrumpe el animalillo,—ya ha llegado á convencerse de que se me despegaba este traje....

—¡Por supuesto! Cuando se hizo el último frac—repite el sastre—le hice ver que ya era tiempo de que vd. variase....

—¿Y para cuando estará la levita maestro?

—Para cuando vd. diga; porque deseo complacerle, y yo conozco que vd. ansia ponérsela cuanto antes: ademas prefiero, como es justo, á los que me honran continuamente....

—Claro está,—dice el pollo—y conmigo tendrá vd. un excelente parroquiano: recomendaré á vd. á mis amigos.

—¡Vaya! ¡yo lo creo!—contesta el sastre, que no desconoce al animal que delante de si tiene;—contaré con la proteccion de vd. y mi crédito subirá como la espuma!

—Yo le respondo de que asi sucederá: á vd., lo que le conviene es vestir á jóvenes que al fin son mas.... ¿pues?... mas airosos y saben llevar una prenda mejor que los que son de cierta edad....

—¿Quién duda eso? Tomaré las medidas,—continúa el sastre queriendo variar de conversacion, porque teme soltar la carcajada—las que tengo de vd. no sirven de un día para otro; ¡ya se vé! ¡ya vd. creciendo tanto! ¡si está vd. hecho un hombre!

Al oír esta última frase el pollo, al oírse llamar *hombre*, necesita hacer un esfuerzo violento para no abrazar al sastre, quien conociendo el efecto que han producido sus palabras, retarda un instante tomar la medida, para dar lugar á que, calmándose el entusiasmo de que se ha poseído el pollo, vuelva su cuerpo al estado normal, porque en aquel momento indudablemente ha debido *finchase* como el del mas feroz de los portugueses.

No pasaremos por alto la relacion de lo que ocurre el día de la *prueba*. Antes de la hora convenida con el sastre se presenta con su natural descaro, reconviniendo á este por lo que tarda el oficial. Al fin llega, y al mirarse el pollo con faldas.... no encontramos recursos en la lengua para expresar su satisfaccion, ni

para describir la sonrisa de orgullo que asoma á sus labios al mirarse retratado en el espejo.

Llegado el día en que la tan deseada prenda se encuentra en poder del pollo, se considera el mas feliz de los mortales. Pero ¡oh fatalidad de las cosas humanas! La dicha, que se cree mas inefable, ha de venir mezclada de la mayor amargura!... El sastre entrega la cuenta al papá de nuestro bipedo, y habiendo este tenido buen cuidado de ocultarle su propósito, en la seguridad de que de otro modo no podría realizar su deseo, cree ingenuamente el padre que el fabricante de pantalones se ha escedido aquel día en el almuerzo, hasta que este le saca de dudas, contándole lo ocurrido. Tan inesperado suceso le llena de indignacion y va poseído de cólera y rebosando bilis por todas partes en busca de el ente que tan buenas pruebas principia á dar de filial sumision. Le encuentra cuando mas ilusiones se está formando con su nuevo vestuario, cuando piensa que aquella tarde arrastrará tras si las miradas de todas las bellezas que concurrán al paseo, escitando al mismo tiempo la envidia de sus amigos.... En estos momentos, para él tan deliciosos.... ¡qué horror! se oye el ruido de una sonora bofetada.... ¡el infeliz siente el peso de una robusta y ancha mano, que cual si fuese de hierro candente, queda señalada en su imberbe megilla!... ¡La pluma se resiste á transcribir esta escena de angustia y de dolor! El papá enfurecido quiere continuar el castigo; pero de repente toda su ira se convierte en tierna solicitud. ¡Nuestro animalillo se ha desmayado!... El desgraciado padre se cree ya autor de la muerte de su único heredero y aturdido y fuera de sí, corre dando desaforados gritos á los cuales acuden los criados, la mamá.... (matrona de mas de cincuenta aabries, y que cifra su mayor delicia en oír contar alguna travesura de su inocente hijo).... é informada por el asustado esposo de la causa de este accidente, prorrumpe en denuestos contra el que cree bárbaro pollicida, apostrofándole de la manera mas ofensiva y furibunda....

De resultados de todo esto, el pollo consigue su deseo; aquella tarde, despues de tomar por precaucion, y á instancias de sus afligidos padres, algunas tazas de salvia ó de tila, y despues de haber descansado de los esfuerzos que le costó remedar el peligroso accidente, sale triunfante á pasear, previo el consentimiento paterno, engalanado con su levita nueva. Aquí principia á figurar en el mundo el pseudo-racional que nos ocupa.

¿Quién no le distinguirá entre mil? Vedle caminando, mejor diríamos saltando, con aire decidido; parece que domina todo lo que vé; al que saluda cree conceder un favor inmenso; no cesa un instante de mirarse de arriba abajo, ciñéndose su nueva vestimenta para ver si le hace alguna arruga á pesar de haber repetido este exámen al espejo antes de salir de casa por la milésima vez, y á pesar de haber quedado muy satisfecho de sí, desde la primera.

Si queremos observar el pollo entre sus compañeros, que se entre quienes se le ve con mas frecuencia, le oiremos disputar sobre cualquier materia. Para él ofrece el mismo interés, y está tan al corriente de las últimas noticias del *Journal de tailleurs*, como á las del mas acreditado periódico de política; lo mismo sabe apreciar las recientes innovaciones que se han introducido en el corte de un pantalon, como las mas escéntricas y absurdas doctrinas de nuestros modernos reformadores de la sociedad. De todo entiende, de todo sabe, por todo disputa, y en todas las que promueve cree salir victorioso.

¿Le quereis ver en sociedad? Tambien aqui le conoceréis fácilmente. Todo su prurito es acercarse al bello sexo, aunque nunca obtiene otra cosa de las bellas, por la repugnancia que instintivamente les inspira, que lo que consigue el caracol con acercarse á las flores..... ajarlas con su baba. A pesar de eso, oídle; todas las jóvenes á quienes ha conocido, se han enamorado perdidamente de él; pero casi todas han sido desdeñadas.... las que no, han sido correspondidas por lástima, mas que por amor; porque el corazon del pollo, á fuerza de desengaños.... está helado, y nada será bastante para que se pueda producir en él la mas ligera chispa: (nosotros asi lo creemos; otra cosa seria mucha precocidad.) ¡Las mugeres! ¿De qué les servirá su tesoro de encantos? Para el pollo esas armas no tienen filo, ó se embotarán en la frialdad glacial que su experiencia le ha proporcionado.... ¿Le veis al lado de una bella? ¡Temblad por la infeliz! ¡pobre joven! ¡va á ser envuelta en la red que el pollo, astuta araña, le está tendiendo!... La pasion, que va á infiltrar en el corazon de la inocente, será un veneno que la abrasará, porque el pollo la olvidará al siguiente día para reemplazarla con otra, sin poderse contener, é impulsado solamente por su innata veleidad.

Este es el pollo. Dos palabras y damos por concluida nuestra tarea, dejándonos muchas cosas en el tintero por temor de cansar á nuestros lectores. Un ente que se ha propuesto ser el detractor del bello sexo, por vengarse de los desaires que de él recibe; que sin acordarse de la edad que tiene, presume de sabio siendo ignorantisimo; que no puede alternar en parte alguna, y si se le dispensa consideracion es por la que se debe á sus padres ó á sus familias; este ente no puede producir terror, sino menosprecio, debe llevar un nombre obscuro, y arrastrar, mientras otra cosa no merezca, el mas rigoroso incógnito. ¿Nos creerán ahora nuestros lectores si les decimos que el animal que nos

ha ocupado es inofensivo? Nos parece que sí: y por lo tanto, conseguido nuestro objeto, dejamos descansar á los que hayan tenido la paciencia de leer, hasta el final, este desaliñado artículo.

Julio de 1850.

JOSE MARIA VELASCO.

VENTRILUCUOS.

Se dá este nombre á las personas que al parecer tienen la facultad de hablar con el vientre ó el estómago. Hay razon para creer que las Pitias ó Sibilas antiguas eran ventrilucos. Los fieles que iban á consultarlas oían las palabras que salían del fondo de su pecho sin que se las viera ni abrir la boca ni mover los labios. Platon é Hipócrates (libro V de las epidemias) y Plutarco hacen mencion de los ventrilucos. Se cita con frecuencia á Euricles como el primero de esta especie que se habia conocido.

San Crisóstomo tiene por hombres divinos á los ventrilucos, y les cree dotados del arte de pronosticar. Eumenius sostiene la misma opinion.

Lery, viagero francés del siglo XVI, describe una escena de ventriloquia que tuvo lugar durante su permanencia entre los tupinambas;

Antonio Wan-Dale, médico holandés, refiere la anécdota siguiente.

«En 1625 vieron infinitos sugetos en el hospital de los ancianos de Amsterdam á una muger de 73 años llamada Barbara Jacobi, la cual se encontraba al lado de una pequeña cama de la cual la separaban unas cortinas. Con la cara descubierta y vuelta hácia donde dirigia la palabra, fingia que hablaba con un hombre llamado Joaquin. Segun lo que decia tan pronto se oia reir como llorar al pretendido Joaquin: algunas veces daba gemidos, otras prorumpia en exclamaciones y en carcajadas, y otras se ponía á cantar; mas todo esto con tanta gracia y soltura, que admiraba á cuantos la oían.»

Celins Rhodiginus, que profesaba las bellas letras en Milan y en Pádua al comenzar el siglo XVI, habla tambien de una muger de cuyo vientre salia la voz del espíritu inmundo. Esta voz, añade, era muy aguda; no obstante, cuando ella lo queria la hacia muy clara é inteligible. Este demonio, recogido en el cuerpo de la muger, se llamaba Cinnamatus. Daba contestaciones muy maravillosas sobre lo pasado, pero en punto al porvenir era el mayor embustero que se conocia.

Gerónimo Oleaster, sabio distinguido, y grande inquisidor de Portugal, en una obra suya impresa en 1656, cita el hecho siguiente: «Cuando yo seguia mis estudios en el colegio real de Lisboa, me acuerdo haber visto una cierta Cecilia, que se condujo al palacio, donde compareció ante el tribunal. Se oía salir de sus codos, y á veces de otras partes de su cuerpo, una voz aguda

que ella atribuía á uno llamado Pedro Juan, muerto algun tiempo hacia. Esta voz respondia con la mayor velocidad á las preguntas que se la hacian, y no cesaba de recomendar á todo el mundo la indigencia de la pobre Cecilia. Esta jóven la sentenciaron á ser desterrada á la isla de Santo Tomás, una de las Antillas, donde murió.»

Agustin Estenchus, llamado Eugubinus, obispo de Ghisiano en Candia, afirma que ha visto ventrilucos; pero él no cree en ellos y los supone obra de los demonios.

Esteban Pasquier en sus *Investigaciones sobre la Francia*, tom. 4.º, lib. 6.º, dice: «Hará como unos doce ó trece años que murió un bobo de comedia llamado Constantin, que representaba toda especie de voces; tan pronto imitaba el canto de los ruiseñores, como el rebuzno del asno; tan pronto los gritos de tres ó cuatro que riñen, como el aullido del perro que ha sido mordido por los otros y se marcha corriendo. Con un peine puesto en la boca, remedaba el sonido de una corneta. Pero lo que mas les admiraba era cuando hablaba con una voz talmente encerrada en el estómago, que los que se hallaban á su lado, siendo llamados por él se figuraban que les llamaba una voz muy lejana.»

En 1643, dice el escritor inglés Dickinson, se veia en Oxford á un hombre que llamaban el Cuchichero del rey: su verdadero nombre era Fanning. Con la boca cerrada, los labios inmóviles, sabia sacar tan maravillosamente unas palabras tan claras de su pecho, que se las creia venir de un lugar muy lejano.

Juan Brodeau, sabio critico del siglo XVI, dá en sus misceláneas la historia de las pillerías de Luis Brabant, ayuda de cámara de Francisco I, quien por medio de su talento ventriloquio persuadió á una dama de París á que le diese su hija en matrimonio, la cual era hermosa y rica; y obligó á que le dotará un banquero de Lion llamado Cornu.

Entre los mas célebres se cuentan hoy día el baron de Mengen, Saint Gille, Tiemet James y Comte.

Por largo tiempo se ha creído que los ventrilucos formaban su voz interior aspirando. El abate de La Chapelle, que ha escrito un libro entero sobre el ventriloquismo, ha dado algunas luces sobre esta cuestion; los trabajos del doctor Fournier han disipado todas las dudas. El mecanismo de las operaciones de la ventriloquia no parece consistir realmente sino en saber ahogar la voz en el momento de la salida del la-linge y durante una operacion larga y sostenida. La glotis casi enteramente cerrada en este instante, rechaza el aire hácia los pulmones, y en seguida solo deja salir de ellos una pequeña cantidad, la precisamente necesaria para la formacion de la voz articulada. El ventrilucos habla durante el acto de espiracion, como hablan naturalmente todos los hombres.

Casi no hay persona que no pueda llegar á ser ventrilucos. Las solas condiciones necesarias son el trabajo, la paciencia, una cierta flexibilidad de los órganos de la palabra, y sobre todo un pecho fuerte.

ESCENAS DE LA VIDA POSITIVA.



Una comida de campo.